

—¡Mi mujer!

—Ella misma. Pero ya hablaremos de eso mientras cenamos.

XXVIII

La alegría del barón se vió turbada por las últimas palabras de la señora de Vitel. Pensaba menos entonces en admirarla que en pedirla explicaciones. Desaparecía por un instante el amor, ante la curiosidad, la extrañeza y el temor.

Como Lucrecia se había puesto tranquilamente á cenar, sin que pareciese tener prisa en continuar la conversación, el barón no pudo contenerse más y la dijo:

—No me explico lo que empezabais á decirme. Mi mujer no puede ser causante de vuestra repentina salida.

—Dispensadme—respondió la de Vitel sin interrumpir su ocupación gastronómica,—no he podido encontraros en la Ópera, porque no estaba en París, y no estaba, sencillamente porque vuestra esposa me había hecho desterrar de aquí.

—¿Desterrar? ¡No lo comprendo!... ¿Qué, en nuestros tiempos se destierra?

—El tiempo es lo de menos. Todo depende del régimen político bajo el que se vive. Tenemos un Gobierno absoluto que no da cuenta de sus actos y no admite que se discutan. La baronesa, aprovechando ese estado de cosas, se ha dirigido á una persona influyente del día, y como no se atreven á negarle nada, ha obtenido fácilmente... mi supresión.

—¿Quién es ese poderoso con quien mi mujer se halla en tan buenas relaciones?

—preguntó el barón, contrariado.—¿Por qué quería vuestra supresión? Cada vez lo

comprendo menos... ¿Ella sabía, pues?...

—Sabe perfectamente que habéis pasado las noches del sábado al domingo, por espacio de dos meses, en la Ópera acompañándome. Ella estuvo en el baile el día en que nos encontramos en él por última vez. Nos ha espiado desde la una hasta las tres de la madrugada. Después me siguió, primero por los pasillos, y por las calles después. Me vió entrar en mi casa, en la avenida de la Emperatriz, y al día siguiente, domingo, obtenía del señor de L..., ó más bien de su hijo, ese elegante joven, que conoceréis, la promesa de mi salida inmediata.

El lunes mismo me dieron la orden de salir de aquí, y obedecí sin protestar ni permitir á mis amigos hacer que revocasen la inicua sentencia de que era yo víctima, por no turbar vuestro reposo ni producir un escándalo que hubiese po

recaer sobre vos. Me he inmolido á nuestro amor, me he sacrificado á vuestros intereses. Esperaba olvidaros, no volver á Francia hasta que me hubiese curado por completo de mi locura. ¡Ay! que en cuanto he llegado, mi primer cuidado ha sido escribiros. ¡Perdonadme, amigo mío!

—¡Que os perdone!—exclamó el barón cubriendo de besos la mano que ella le tendió.

Cumplido ese deber de agradecimiento y después de quedarse extasiado por algún tiempo bajo el encanto de las dulcísimas confidencias que acababan de serle hechas, el barón no pudo menos de reflexionar sobre lo primero que le había dicho Lucrecia.

¡Cómo! ¡Una mujer tan reservada y tan casta, iba al baile de la Ópera, pasaba las noches fuera del domicilio conyugal sin que él supiese nada! ¡Su mujer, cuyo ea-

rácter arrebatado y violento le había alarmado muchas veces, era bastante dueña de sí misma, para ocultarle sus salidas misteriosas y ponerle buena cara un mes seguidos!

Si la baronesa no era un monstruo de disimulo y de hipocresía, preciso era que estuviese dirigida por alguna persona muy hábil y en quien ella tuviese absoluta confianza.

Ese guía, ese consejero prudente, le acababan de decir quién era; se llamaba el señor de L... hombre político, pero galanteador, con quien debía evitar tener trato íntimo toda mujer celosa de su reputación.

Al lado del señor de L... se hallaba su hijo, con quien se debía haber casado la baronesa, y era á esos dos personajes que tanto la podían comprometer, á quien ella se había atrevido á pedir protección contra su marido.

Roizel olvidaba su mal proceder y no se preocupaba más que de la audacia de la baronesa. Además, es preciso hacerle justicia, no quería creerla.

—¿Cómo habéis sabido lo que me contáis? —decía á Lucrecia. —Y ante todo, ¿cómo habéis conocido á mi mujer en el baile?

—Tengo —respondió Lucrecia,— una amiga íntima, llamada Carmen Lelievre. La habréis visto muchas veces en vuestra casa. Como no está bien de fortuna, da lecciones de lenguas extranjeras, y por mediación mía ha conseguido que vuestra esposa sea una de sus discípulas. Por este medio me aproximaba indirectamente á vos, tenía noticias vuestras, vivía algo de vuestra vida. Esa señorita me acompañó al baile la última noche que nos vimos. Al separarme de vos me reuní con ella. Al poco rato notó que nos seguían, y no me dijo nada por temor de distrarme de mis

venturosos recuerdos y turbar la dicha que conmigo llevaba. Salimos juntas del baile. Carmen me acompañó hasta mi hotel, y entonces solamente fué cuando se ocupó de nuestro espía, que se volvió después de haber llegado hasta la puerta de mi casa y haber comprobado la identidad de mi persona sin duda. Carmen la siguió hasta su domicilio. Era el vuestro; quedamos satisfechas. Al día siguiente, mi amiga encontró á la baronesa en el momento en que entraba en casa del señor de L... y al lunes siguiente recibía yo orden de salir de París.

—¿Estáis bien segura que se ha hecho eso á petición de mi mujer?—balbuceó el barón anonadado por aquellas inesperadas revelaciones.

—¿Quién podía tener interés en embarazarse de mí? Además, he sabido después á instancias de quién era debida

mi salida. Todo esto os explica, amigo mío, porqué he tenido tanto empeño en marchar del baile, donde podíamos ser conocidos. ¡Ah! Me veo obligada á estar muy en guardia. No es nada divertido, en pleno invierno, abandonar á París y... sus afecciones—añadió con ternura.

—Estad tranquila—dijo Roizel,—no corréis riesgo alguno, pondré orden en eso. No se ocupará más el señor de L... de mis asuntos, y en cuanto á mi mujer...

—¡Cielos! ¿Qué vais á hacer?—exclamó Lucrecia fingiendo asustarse.—La baronesa no debe saber que nos hemos vuelto á ver. La temo; ¡su influencia es muy grande! ¡Tiene junto á sí personas tan adictas! El hijo del señor L... decía el otro día, según me han referido: «Sería capaz de arrojarme al fuego por esa mujer.» Con mayor razón me arrojará al fuego á mí... No, no; no quiero luchar contra ella. Jurad

que os callaréis, ó mejor aún, separémonos para siempre. Es preferible, por interés nuestro, no vernos más, no...

—¡Eso es imposible!—exclamó Roizel, que cuando Lucrecia le decía «separémonos» se había acercado más á ella.

Le había cogido una de sus manos, y teniéndola entre las suyas, le miraba con ojos lánguidos, le sonreía con ternura, le embriagaba con sus poderosas seducciones y adulaba su vanidad excesiva, su orgullo necio, haciéndole creer que le amaba, que le adoraba.

Conviniéron, después de hacerse mutuas concesiones, que se verían una vez á la semana en alguna habitación escondida, donde nadie pudiese sospechar que se veían.

En cambio de las promesas arrancadas á Lucrecia, y de los peligros á que se iba á exponer por amarle, el barón juró no di-

rigir ningún reproche á su esposa, y no haría traición al legítimo descontento que tenía por su proceder.

Nada más hábil que haberle exigido aquel juramento: si el barón, de vuelta á su hogar, hubiera podido dar un escándalo á su mujer, afearla su espionaje, su doblez, su complicidad con el señor de L... y hubiese podido calmarse la cólera que dentro de él sentía. Pero iba á verse obligado, por no faltar á su palabra, y sobre todo, por temor de perder á Lucrecia, á callarse y decir palabras tiernas á quien hubiese querido anonadar bajo el peso de su indignación.

El resentimiento contra la baronesa debía, de este modo, ir aumentándose en su alma celosa, y conducir al esposo á producir un ruidoso escándalo. Esperaba Lucrecia poderle mantener en tan buenas disposiciones, y al mismo tiempo desarro-

llaría los celos que empezaba á sentir del señor L... y su hijo.

¿Seguía entonces un plan largo tiempo meditado y perfectamente trazado? ¿Sabía con precisión lo que quería y hasta dónde iría, ó contaría con la casualidad para que la ayudase en sus designios? No lo sabemos. En sus Memorias, Carmen Lelievre no da ningún detalle, no hace confidencia alguna acerca de este punto. Pasa bruscamente de la cena del café Inglés, donde Lucrecia se mantuvo á la defensiva, á la narración del suceso que ocurrió poco después, y que sirvió de pasto á la murmuración en la alta sociedad de aquella época.

XXIX

Durante el verano que siguió á la vuelta de Lucrecia á París, se leyó una mañana, en uno de los periódicos de más circulación de París, entre los sucesos del día, lo siguiente:

«El día de ayer ha sido desastroso para los maridos, las esposas y los amantes; pero muy interesante para las crónicas escandalosas. Promete también una causa en que no dejará de haber curiosas revelaciones.

»A las tres de la tarde, un caballero de la buena sociedad, alto empleado en uno de los Ministerios, el señor... fué en busca del comisario de policía del noveno